



Periodismo, guerra y violencia política en Colombia

Jorge Bonilla Vélez

Periodismo, guerra y paz. Campo intelectual periodístico y agendas de la información en Colombia

Omar Rincón y Martha Ruiz

Más allá de la libertad. Informar en medio del conflicto

Juan Guillermo Arias Marín

Periodismo, región y violencia. Antibituario de Orlando Sierra

Entrevista con Alma Guillermprieto

¿Cómo informar sobre una guerra con masacres, pero sin batallas?

Periodismo, guerra y paz

Campo intelectual periodístico y agendas de la información en Colombia**



Fotografías de León Darío Peláez - Revista Semana

.....

- * El autor es Comunicador Social-Periodista y Magíster en Comunicación. Director de la Maestría en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana.
Dirección electrónica: jibonill@javeriana.edu.co
- ** Este artículo es una versión resumida del segundo capítulo del informe final de la investigación *Visibilidad mediática y gestión comunicativa de la guerra y la paz en Colombia*, recientemente concluida y financiada con recursos del fondo de investigaciones de la Pontificia Universidad Javeriana. En esta investigación participaron Catalina Montoya, como co-investigadora, Andrea Cadelo, Camilo Tamayo, Ana María Montaña, Marcela Sanabria, Carlos Solano y José Alejandro Cepeda como auxiliares de investigación. Una versión inicial de este escrito se presentó en el VII congreso nacional de estudiantes de comunicación. Agendas de comunicación e información. Medellín, abril 9 al 13 de 2002.
- 1 A este respecto, G. Wolsfeld plantea que en situaciones de conflicto los medios son «arenas centrales» de lucha donde 'autoridades' y 'retadores' se disputan una doble dimensión de la comunicación política: el acceso (dimensión estructural) y la significación (dimensión cultural). Véase: Wolsfeld, Gady. *Media and political conflict. News from the Middle East*. London, Cambridge University, 1997.

Resulta oportuno afirmar que en conflictos armados intra estatales, como el que vive Colombia, los medios de comunicación son «arenas centrales»¹ donde se llevan a cabo diversas disputas las hegemonías sociales, políticas, económicas y culturales que los antagonistas buscan legitimar y validar en la esfera pública. Sin embargo, se entiende el rol de las agendas informativas, las noticias y los periodistas como parte de una disputa más compleja, en la medida en que los distintos grupos sociales, públicos y contra-públicos en conflicto, tienen una experiencia de vida propia más allá del campo profesional periodístico, es decir, que no viven solo para acceder a los medios, ni para «ganar la batalla» por la significación solamente en estos, a pesar de que reconocen la importancia capital que tiene el poder mediático para movilizar, hacer visible, ocultar y legitimar sus causas, motivaciones, políticas y estrategias.

Esto invita a considerar que las confrontaciones armadas no están asociadas únicamente con la movilización de la violencia organizada y de sus armamentos de destrucción para derrotar o imponer la voluntad al enemigo, sino con la capacidad de gestionar en la esfera pública «marcos de interpretación» que buscan el control hegemónico de las representaciones simbólicas de la sociedad. Dicho de otra forma, en la lucha política contemporánea —y la guerra es una forma extrema de la lucha política— en la que se enfrentan antagonistas de diversa índole, no solo se movilizan recursos tecnológicos, armamentos y ejércitos, sino que también se gestionan significados, en tanto que se trata de un proceso en el que no hay exclusivamente máquinas de destrucción y muerte, sino de producción de sentido².

Dos premisas se desprenden de los anteriores planteamientos. En primer lugar, que la guerra puede ser entendida como un estado de hostilidad de carácter excepcional, sangriento, colectivo y organizado³ que establece un «aparato de figuración» (Michaud), un «régimen comunicativo» (Brunner) o, si se prefiere, unos «regímenes de visibilidad» (Imbert), que reivindican para sí zonas de expresión y visibilidad pública opacas⁴. En estas zonas de opacidad, los periodistas y los medios de comunicación están involucrados en complejas relaciones de desigualdad, consenso,

censura, control, oposición, autonomía, independencia o subordinación con otros agentes con capacidad comunicativa —individuos, grupos e instituciones— quienes a su vez luchan no solo por acceder, hacerse visibles o invisibles en la(s) esfera(s) pública(s), sino también por controlar, callar y administrar la información y la comunicación en tanto recursos escasos y estratégicos, fundamentales para la gestión político-militar de la guerra.

Al ubicar la guerra a partir del «régimen comunicativo» que esta configura, reproduce y necesita para subsistir, lo que estaríamos señalando es precisamente la erosión de uno de los principios fundadores de la democracia moderna: la eliminación del «poder invisible», que se asume como «secreto» y lejano a las miradas de escrutinio del gran público. Esta es justamente una de las contradicciones de la democracia moderna, según Norberto Bobbio: enfrentarse a momentos excepcionales de concentración del poder que, como las guerras, reivindican lo invisible⁵. Y he ahí una de las paradojas de la visibilidad opaca que produce la guerra: mientras las agendas informativas de los medios de comunicación buscan hacerla visible, los guerreros intentan, a toda costa, hacer invisibles sus acciones y decisiones (o al menos las que no les favorecen, o que favoreciéndoles no tienen por qué someter al «poder visible» del debate público).

La segunda premisa nos lleva a plantear que el periodismo puede ser analizado como un «campo»⁶ intelectual y profesional que opera en un contexto más general, que es el de la sociedad y sus conflictos, con sus desigualdades y pretensiones por parte de los agentes e instituciones que la conforman, de alcanzar el consentimiento social. Como tal, es un campo que está organizado mediante un conjunto de normas, exigencias y reglas internas, cuyo respeto garantiza su evolución y producción histórica⁷. Pero además, está estructurado a la manera de una red múltiple de relaciones de autoridad, dominación, legitimidad, credibilidad, autonomía, consenso y oposición entre sus integrantes para definir cuáles son los «temas y problemas» que deben ser objeto de atención y preocupación del campo.

.....

2 Véase: Foucault, Michel. *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*. Madrid, La Piqueta, 1992; Michaud, Ives. *Violencia y política*. Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1989.

3 Giraldo, Jorge. *El rastro de Caín. Guerra, paz y guerra civil*. Bogotá, Foro, 2001.

4 Los conceptos «aparato de figuración», «régimen comunicativo» y «regímenes de visibilidad» son tomados de los autores arriba mencionados, quienes los utilizan para referirse a la violencia política (Michaud e Imbert), o a la estructuración de la comunicación en gobiernos autoritarios (Brunner). Véase: Brunner, José Joaquín. *Un espejo trizado. Ensayos sobre culturas políticas y políticas culturales*. Santiago de Chile, Flacso, 1988; Imbert, Gerard. *Los escenarios de la violencia*. Barcelona, Icaria, 1992; Michaud, Ives. Op.Cit.

5 Bobbio, Norberto. *El futuro de la democracia*. México, F.C.E., 1986. pp. 22-30, 75-80.

6 Para el análisis del periodismo como «campo» ha sido muy útil trabajar la *teoría de campos* que propone Pierre Bourdieu en varias de sus producciones académicas, reseñadas en la bibliografía general de este texto.

7 Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995. p. 298.





Cúpula de las Farc

Ubicar al periodismo y a los medios de comunicación como un campo intelectual y profesional es importante porque permite plantear cómo en «estados de guerra»⁸ y «soberanías en disputa»⁹ donde, como bien señala María Teresa Uribe, el poder institucional no es soberano, al menos en algunas partes del territorio de la nación, y donde predomina la voluntad, por parte de sectores amplios de la colectividad nacional, de no someterse al orden estatal, manteniendo abierta la posibilidad de confrontarlo, disputándole con las armas el dominio y el control del territorio de la nación¹⁰, el periodismo no es ajeno a los avatares y las arbitrariedades de estas confrontaciones bélicas. Por el contrario, se convierte en objeto de las disputas por definir el contexto y sus orientaciones, lo que por cierto pone en juego la estabilidad institucional del campo y su relativa autonomía frente a otras esferas y agentes sociales¹¹.

Este artículo intentará desarrollar la segunda de las premisas mencionadas. Me propongo dar cuenta de algunos de los debates que han caracterizado el campo intelectual del periodismo nacional durante las últimas décadas y, por esa vía, explorar algunas de las agendas informativas sobre la guerra y la paz en Colombia. ¿Qué campo intelectual y profesional ha configurado esos debates, pero también se ha configurado a partir de los «temas y problemas» que los periodistas consideran son objeto de atención y preocupación del campo? Tres puntos guían este análisis.

El primer punto ofrece una perspectiva de mediana duración del campo intelectual y profesional periodístico en Colombia. Se pretende mostrar que los temas y problemas de los que hoy se habla para tematizar las relaciones entre el periodismo, la guerra y la paz no son nuevos; por el contrario, estos han tenido continuidades y han sufrido desplazamientos y mutaciones a lo largo del tiempo. Concretamente, interesa poner en relación la actual coyuntura de guerra y paz con algunos de los debates ocurridos durante las vicisitudes del proceso de paz del gobierno del presidente Belisario Betancur (1982-1986).

El segundo punto propone debatir algunas concepciones sobre el rol profesional y la identidad periodística en contextos de guerra y paz, teniendo como telón de fondo el escalamiento (y degradación) de la confrontación armada a partir de la década de los noventa y las fracasadas conversaciones de paz entre el gobierno del presidente Andrés Pastrana y la guerrilla de las FARC-EP (1999-2002). Interesa mostrar qué debates se han dado y qué discusiones han pasado de «agache» a la hora de definir y defender la responsabilidad de la profesión periodística en la guerra y la paz.

En el tercer punto se pretende esbozar un mapa de discusión sobre el campo intelectual y profesional del periodismo, basado en tres hipótesis: a) las agendas de guerra y paz se están confeccionando según un modelo de prensa sensacionalista que, a pesar de lo cuestionable y limi-

8 Para una ampliación de este concepto, véase: Foucault, Michel. *Op.Cit.*, p. 101.

9 Este concepto de soberanías en disputa es tomado de los investigadores de la U. de A., María Teresa Uribe, Manuel Alonso y Juan Carlos Vélez. Véase: Uribe, María Teresa. «Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?», en *Estudios Políticos*. No. 15. Medellín. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre, 1999. pp 23-45; Alonso, Manuel Alberto y Vélez, Juan Carlos. «Guerra, soberanía y órdenes alternos», en *Estudios Políticos*. No. 13. Medellín. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre, 1998. pp. 41-75.

10 Uribe, María Teresa, *Op.Cit.*, p. 25.

11 Para el desarrollo de esta idea ha sido muy útil el modelo de análisis sobre el «campo de las ciencias sociales» en un contexto conflictivo (como el chileno de los años de la dictadura militar), propuesto por José Joaquín Brunner y Guillermo Sunkel. Véase: Brunner, José Joaquín y Sunkel, Guillermo. *Conocimiento, sociedad y política*. Santiago, FLACSO, 1993. pp. 17-42.

rado, tiene variantes de visibilidad pública que no se deberían subestimar; b) en contextos donde la seguridad del Estado está amenazada, los esquemas de control y censura son contraproducentes para lograr el consentimiento social de los medios de comunicación y los periodistas a favor del Estado; c) en órdenes sociales fragmentados, donde la soberanía y la hegemonía de las representaciones simbólicas están en disputa, las definiciones sobre la guerra y la paz son variadas, ambiguas y ambivalentes, es decir, no proceden de un solo centro-raíz, lo que puede plantearle posibles «aperturas» informativas a los medios de comunicación.

«Regímenes de visibilidad» de la guerra y la paz.

Nuevos problemas... viejos debates

Cuando los periodistas colombianos miran por el «espejo retrovisor» para darle contextualización histórica a su labor informativa en el conflicto armado, suelen detenerse por lo general en el proceso de paz entre el gobierno del presidente Belisario Betancur y las guerrillas de la época (M-19, EPL y FARC). Son diversas las explicaciones que parten del reconocimiento de que allí los medios de comunicación jugaron un papel negativo por múltiples motivos: la falta de preparación y madurez política del periodismo nacional para pluralizar las agendas de la paz, más allá de las concepciones de noticia provenientes de las elites y los partidos políticos; la subordinación de los periodistas al «síndrome de la chiva»; y la reproducción de lo que Gabriel García Márquez denominó una «guerra de la información»¹², basada en la proliferación de boletines falsos, rumo-

res y versiones sin origen, y en la que los periodistas fueron objeto de manipulaciones por las partes involucradas en el conflicto.

En un trabajo sobre el papel del periodismo nacional durante el proceso de paz del presidente Betancur, Ana María Cano plantea que la responsabilidad de los medios de comunicación, en este ensayo inconcluso de negociar la paz por la vía política, estuvo en la incapacidad de estos para asumir la orientación crítica e independiente de la opinión pública, quedándose apenas en el registro noticioso e inconexo de hechos. A esto se refiere la periodista cuando afirma que:

Cualquier colombiano expuesto a esos medios de comunicación [...] ¿no recuerda, digo, el efecto que tuvieron, en torcer el destino del proceso, episodios como la declaración concedida a un noticiero de televisión por el negociador del EPL y amnistiado, Oscar William Calvo, a la salida del capitolio a donde tenía acceso directo y libre, sobre lo justificable que era para su grupo el secuestro como una acción política que dejaba dividiendo económicos y reconocer que lo seguían haciendo a pesar de los pactos? ¿O lo que enrareció el ambiente con la toma planeada y casi ejecutada para los periodistas de televisión por el M-19 a un tren de la Sabana? ¿O la transmisión en directo de la toma de Florencia, Caquetá, por el M-19? [...] ¿O el dramático momento del fuego cruzado entre militares y guerrilla con la comisión de paz y camarógrafos en medio, cuando se llegaba a cumplir labores de verificación en el Valle? ...

A todos estos momentos se les sacó todo el jugo posible de su espectacularidad, que a la prensa sólo dejó el campo para editorializar contra sus colegas electrónicos como idiotas útiles [...] Ni hizo bien a la historia ni ayudó a formar la opinión del presente. Reprodujo entrevistas enteras, guerreó con titulares sobresaltados y contradictorios, con lo que asaltó en su buena fe a la opinión pública que estuvo cada vez más cautiva del tema (como lo señalan las millonarias ventas de los libros sobre la paz) pero a su vez, a cada instante más confundida¹³.

De ahí que los temas y problemas que hoy se discuten en el campo periodístico nacional no son tan nuevos como parecen. Podríamos afirmar que los «regímenes de visibilidad» mediática de la guerra y la paz —sus actores, discursos y escenarios— no han sido siempre los mismos, ni en

12 Véase el prólogo de Gabriel García Márquez al libro de Santos, Enrique. *La guerra por la paz*. Bogotá, Corec-Planeta, 1986. pp. 11-25. Sobre esta temática también se puede cotejar el trabajo de Santos, Enrique. «El periodismo en Colombia, 1886-1986», en *Nueva Historia de Colombia*, Vol. VI, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1989. p. 134.

13 Cano, Ana María. «Prensa y paz. Independencia y compromiso, pero no indiferencia», en *Magazín Dominical*, No 278. Bogotá, El Espectador, 24 de julio de 1989. p. 7.

todas las épocas, ni en todos los procesos en los que los grupos armados y los gobiernos de la nación han intentado «firmar» la paz. Esto para decir que la historia reciente del conflicto armado y de los procesos de paz en nuestro país es también la historia de continuidades, transformaciones y rupturas en los modos de descubrir a los guerreros, de narrar las acciones bélicas y los hechos de paz, y de hacer visible el horror, el miedo, la esperanza y la tragedia.

Algunos desplazamientos, algunas rupturas

Pero entonces, ¿qué es lo que ha cambiado? Hay varios desplazamientos de los «regímenes de visibilidad» mediática de la guerra y la paz que se podrían mencionar¹⁴. En primer lugar, del relativo interés periodístico producido por el «descubrimiento» del guerrero durante la primera mitad de la década de los años ochenta, hemos pasado a unas agendas informativas que han transformado esa suerte de interés por la desconfianza plena, sobre todo hacia los movimientos insurgentes del presente, tipo FARC-EP. Desplazamiento que va más allá de lo mediático, ya que también está asociado a los cambios sufridos por el discurso político durante todos estos años, pues del lenguaje coloquial, simbólico y heterogéneo, que caracterizó la política de paz del presidente Belisario Betancur¹⁵, y que además motivó la atención periodística por conocer más sobre los «recién descubiertos» alzados en armas, hemos pasado a un discurso político más eficiente, calculador y planificado, en el que el *saber experto* y prudente del negociador ha sustituido la «algarabía nacional» con la que se intentó identificar el discurso político de la paz de aquel entonces.

Lo que habría que subrayar entonces es que el interés periodístico por los guerreros ha sufrido reacomodamientos que no escapan a las lógicas del conflicto. Así, de la relativa fascinación por la guerrilla (sobre todo el M-19), del discurso seductor y carismático de sus comandantes (recuérdese a Jaime Bateman y Carlos Pizarro) y del «drama humano» de los combatientes «recién descu-

biertos», que se puede rastrear en los libros publicados de Olga Behar (1986), Arturo Alape (1987), Germán Castro (1985), Ramón Jimeno (1985), Patricia Lara (1986), Laura Restrepo (1987) y en los reportajes de Ligia Riveros para la revista *Cromos* durante 1982-1984, entre otros¹⁶, hemos pasado en los últimos años a un paulatino desplazamiento informativo que pone el acento en el lado militar-inhumano de los guerreros subversivos: mañosos, desconfiados, astutos, arrogantes, terroristas, ausentes de credibilidad y desorbitados de la realidad. Reubicándose las gramáticas del «encanto» en otros agentes del conflicto como las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) de Carlos Castaño y en otro tipo de dinámicas de la confrontación como la guerra aérea.

Ajustes que tampoco son ajenos a nuevas formas de visibilidad pública que hoy encarnan guerreros, al estilo Carlos Castaño, que generan una poderosa atracción y consentimiento en las agendas periodísticas, como se pudo observar en los reportajes televisivos que realizaron Darío Arizmendi ('Cara a Cara', marzo de 2000) y Claudia Gurisatti ('La Noche', agosto de 2000) con el mencionado comandante paramilitar. Convertido él en un «personaje mediático», no solo por el manejo de un discurso que seduce y hechiza, sino por la acción planificada con que acostumbra a suministrar acontecimientos noticiosos a los me-

....

14 En este punto retomo algunos de los planteamientos de Eugenia García y Edward Romero, a propósito de un estudio sobre el primer año del proceso de paz entre el gobierno Pastrana y las FARC-EP. Véase: García Raya, María Eugenia y Romero, Edward «Las trampas de la aparición. Medios de comunicación y conflicto armado en Colombia», en Bonilla, Jorge y Patiño, Gustavo (Editores académicos). *Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos*. Bogotá, Centro Editorial Javeriano, 2001. pp. 365-391.

15 Me refiero a que el «descubrimiento» del guerrero no fue solo de los medios, sino que estuvo asociado a un desordenamiento político y cultural mayor, que intentó promover un lenguaje otro: coloquial, disperso, sin eficacia técnica y paternalista para nombrar de modo distinto las nuevas realidades de la nación. Véase a este respecto a: Martín Barbero, Jesús y Garrido, Margarita. *Notas sobre cultura política y discursos sociales en Colombia*. Mimeo, 1988. pp. 11-13.

16 Véase, entre otros trabajos periodísticos, a: Alape, Arturo. *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá, Planeta, 1987; Behar, Olga. *Las guerras de la paz*. Bogotá, Planeta, 1986; Castro, Germán. *El Karina*. Bogotá, Plaza y Janés, 1985; Lara, Patricia. *Siembra vientos y recogerás tempestades*. Bogotá, Planeta, 1986; Restrepo, Laura. *Historia de una traición*. Bogotá, Plaza y Janés, 1987.



El Presidente Pastrana y "Manuel Marulanda"

dios de comunicación mediante boletines, ruedas de prensa, testimonios, actos de propaganda y una cuidadosa actualización de la página web de las AUC que él comanda.

Un segundo desplazamiento de los «regímenes de visibilidad» mediática de la guerra y la paz estaría asociado, por una parte, a la espectacularidad creciente que han adquirido ciertos delitos y actos de guerra. Me refiero a los ataques guerrilleros con cilindros de gas a diversas poblaciones del país, los sangrientos combates entre Ejército, Policía/guerrilla y guerrilla/para-militares, pero sobre todo a los atentados contra la libertad y el patrimonio económico de las personas como los secuestros, por ejemplo. Y por la otra, a la «atracción» producida por estas acciones bélicas en las agendas de un periodismo que selecciona y confecciona la realidad social, según criterios de novedad, impacto, sorpresa, escándalo, controversia y anormalidad¹⁷.

.....

17 Un interesante trabajo sobre estos valores periodísticos en: Ortega, Félix y Humanes, María Luisa. *Algo más que periodistas. Sociología de una profesión*. Barcelona, Ariel, 2000.

Aquí, el desplazamiento de la espectacularidad, apunta a dos tipos de variantes. Una de estas, es el cambio que produce el escalamiento y la degradación del conflicto armado en valores periodísticos relacionados con el impacto, la cantidad y la sorpresa. Así como la espiral de la confrontación armada se escala y se degrada hacia extremos insostenibles, así también las agendas informativas escalan los criterios informativos dirigidos a «transformar» la realidad en noticias hasta extremos donde la espectacularidad raya con la desmemoria y el cinismo. No es de extrañar entonces que de las informaciones sobre los asesinatos colectivos contra inermes pobladores en ámbitos rurales del país, que ya no parecen producir novedad ni ameritan un despliegue de «primera plana», hayamos pasado a unas agendas periodísticas cuyo epicentro espectacular de la guerra está en otra parte: en los secuestros cinematográficos de ciudadanos en aviones, iglesias, edificios de habitación, recintos políticos y carreteras; en los crímenes atroces que, por no repetidos, sí producen novedad; en las nuevas modalidades de terrorismo urbano que comienzan a practicar las FARC-EP, una vez rotos los diálogos de paz; así como en las recientes imágenes espectaculares de la guerra aérea, que llegó para que-

darse a través del video que muestra, también en Colombia, cómo se dispara —y se gana la guerra— a distancia y con precisión.

La otra variante del descentramiento de la espectacularidad, es el protagonismo que adquiere la televisión en tanto medio de comunicación que comienza, desde la segunda mitad de los años noventa, a ocupar el «lugar» central mantenido durante décadas por la radio, y a competir con ésta, en el propósito periodístico de relatar en directo las distintas acciones de guerra y los pormenores mismos de los acercamientos y encuentros de paz. Así, de las espectaculares transmisiones radiales en directo de Caracol, R.C.N. y Todelar sobre las tomas militares del M-19 a la Embajada de República Dominicana en marzo-abril de 1980; a Florencia (Caquetá), en marzo de 1984; a Yumbo (Valle), en abril de 1984; a Génova (Quindío) en junio de 1985, y al propio Palacio de Justicia en noviembre de 1985, o sobre las también efectistas acciones propagandísticas de este grupo guerrillero en trenes, emisoras y diarios del país¹⁸, asistimos hoy a un nuevo tipo de protagonismo mediático, liderado esta vez por el «directo televisivo».

Se trata de unas lógicas del directo televisivo que, valga decir, no han sido exclusividad de las cadenas de televisión, bien sea de carácter mixto (Canal A y Cadena Uno), o privado (Canal Caracol y Canal R.C.N.), pues allí también ha jugado un papel preponderante el canal de interés público nacional —la Señal Colombia—, a partir de muy variadas transmisiones: el acuerdo humanitario, que significó la liberación por parte de las FARC-EP de los soldados de la base militar de Las Delicias, en junio de 1997, en Cartagena del Chairá, Caquetá¹⁹; la instalación de la mesa de diálogo entre el gobierno del presidente Andrés Pastrana y la guerrilla de las FARC-EP, en enero de 1999; y, más recientemente (2000-2001), las transmisiones en directo de las denominadas “audiencias públicas” desde la localidad de Los Pozos, en San Vicente del Caguán, Caquetá.

Otras veces lo que cambia son las narrativas del conflicto y los espacios por donde se distri-

buyen y circulan. Si en algo se caracterizó la narrativa de la paz y la guerra durante los años ochenta fue por la proliferación de una producción periodística de carácter narrativo-testimonial, dirigida a la industria editorial del libro. Allí el relato de «primera mano» se constituyó en el factor relevante de unas producciones periodísticas que desarrollaron el género testimonial e inauguraron el *boom* de lo que el historiador Ricardo Peñaranda denominó una literatura de testimonios sin análisis.

Surgió así, lo que se ha dado en denominar el *boom* de la *literatura del proceso de paz*, que se compone de casi medio centenar de trabajos de la más diversa índole; los cuales con algunas excepciones se caracterizan por haber sustituido el análisis por el testimonio de quienes estaban vinculados en el conflicto y por tratar de divulgar las intimidades de ciertos acontecimientos en forma casi simultánea al desarrollo de los mismos [...] Surgió así, una «historia de protagonistas», cuyos relatos eran transcritos sin la menor confrontación, sin preguntas, ni análisis innecesarios, dado que los hechos podían hablar por sí solos. Se renunció incluso al derecho de contrapreguntar, dejando a los «testigos de la historia» la responsabilidad de narrarla²⁰.

El tercer desplazamiento de los «regímenes de visibilidad» mediática se refiere, entonces, a las transformaciones y continuidades sufridas por las narrativas periodísticas de la guerra/paz, así como por los lugares físicos y virtuales desde donde se producen. A diferencia de Peñaranda, no considero que el *boom* de la literatura periodística sobre el proceso de paz durante los años ochenta haya producido un cansancio en los diversos sectores de opinión pública local y nacional, «dada la equívoca y peligrosa sensación de haber agotado el tema»²¹. Tampoco me atrevería a juzgar de

18 Un recuento de estas acciones propagandísticas del M-19 en: Lara, Patricia. Op.Cit., pp. 305-324.

19 Un trabajo interesante sobre el llamado caso de Las Delicias en: Rey, Germán. *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas mediáticas*. Bogotá, Fescol-Cerec-Fundación Social, 1999.

20 Peñaranda, Ricardo. «La literatura sobre el proceso de paz. Testimonios sin análisis», en *Gaceta de Colcultura*. No. 1. Bogotá, septiembre- noviembre de 1989. p. 45.

21 *Ibid.* p. 45.

amanuenses y superficiales estas narrativas periodísticas, siguiendo solamente las «reglas de juego» de la historiografía y la ciencia, lo que por cierto daría lugar a otro debate sobre los lugares intelectuales desde donde se juzga y se entiende el periodismo en las sociedades modernas, que no cabría en estas páginas.

Por el contrario, pienso que el aporte del campo periodístico —y el editorial— de la época, con todas sus inconsistencias y fascinaciones por el «drama humano» de los protagonistas del conflicto, consistió en «abrir» a la discusión pública una multiplicidad de identidades, discursos, estéticas y problemáticas que hasta entonces no circulaban por la esfera pública mayor de la sociedad central, ni mucho menos por la narrativa periodística hegemónica, tan acostumbrada a las versiones y fuentes más oficiales para contar la historia.

Lo que hoy se extraña es precisamente la poca literatura periodística en torno al fallido proceso de paz entre el gobierno del presidente Pastrana y las FARC-EP, más allá de lo que publican los diarios, dice la radio y muestra la televisión. ¿A qué obedecería esto? Lo que obliga a preguntarse si esto se debe a un hastío periodístico y editorial frente un tema que ya no aparece «virgen» para ser descubierto y explotado, ni tampoco produce simpatías, a excepción del nuevo tipo de *betsellers* —como el escrito por el periodista Mauricio Aranguren sobre la vida del líder paramilitar colombiano, Carlos Castaño («Mi confesión»)—. O si más bien obedece a un descentramiento del *boom* de la literatura periodística hacia otras temáticas como el narcotráfico, la estrategia militar, los paramilitares, los jóvenes, las mujeres, las víctimas de la violencia y los conflictos urbanos, entre otros. O si esto responde a múltiples mutaciones de las condiciones de producción del periodismo nacional que se enfrenta a nuevos riesgos, intimidaciones y censuras, pero también a nuevas identidades profesionales que desestiman abordar este tipo de temáticas por lo peligrosas, inseguras y azarosas.

Lo que también se extraña, más que por nostalgia, por la apertura e imaginación que allí ha

existido, son aquellos estilos, narrativas y espacios periodísticos destinados a interpelar, explorar e ir más allá de los «consensos suficientes» para «fabricar» el acontecer social en las agendas mediáticas, sobre todo de la televisión. En esto la paulatina implosión del paisaje televisivo es abrumadora. Actualmente poco queda de la continuación y consolidación de algunas de las experiencias periodísticas de información, humor político y opinión más significativas que tuvimos durante la década de los ochenta y noventa como el «Noticiero de las Siete» con Juan Guillermo Ríos; «Enviado Especial» de Germán Castro Caicedo; «La Fuerza de la Historia» de Cenpro Televisión; «Zoociedad» de Eduardo Arias, Karl Troler, Jaime Garzón y compañía; «Hecho en Colombia» de Ramón Jimeno; «Expediente» de Antonio Morales y Amparo Pontón; «Talentos» e «Inmigrantes» de Heriberto Fiorillo y Daniel Coronell; el «Noticiero AM-PM», de Antonio Morales, Carlos Chica, Germán Castro, Margarita Meza y equipo; así como el seriado «Historias de la Historia» de la programadora Audiovisuales; «Quac... el noticiero» de Jaime Garzón, Luis Fernando Hoyos y compañía; «Los Reencauchados» de Juana Uribe y equipo; «El Siguiente Programa» de Santiago Moure y Martín De Francisco, y más recientemente «Hechos y Personajes» de Ramón Jimeno, entre otros. ¿Qué ha sucedido entonces?

Autodefensas Unidas de Colombia





Los Pozos · San Vicente del Caguán

Perspectiva de campo y debates periodísticos

Definiendo identidades, reestructurando roles

A la hora de definir los «temas y problemas» que deben ser objeto de atención por parte del campo periodístico, es interesante observar cómo las temáticas más relevantes apuntan a una doble dirección. Por una parte, aparece la discusión en torno al tipo de cubrimiento informativo que se requiere para abordar los asuntos de la paz, pero también de la guerra, lo que plantearía retos diferenciados a los periodistas por la naturaleza variable de ambas situaciones. Por otra parte, están los debates sobre las consecuencias de los «errores» y «equivocaciones» de la profesión en este tipo de contextos.

Varias reflexiones suscitan los anteriores planteamientos. En este escrito solamente me voy a referir a dos en particular, que se pueden enmarcar en los debates periodísticos de los últimos años. En cuanto a lo primero, son varios los periodistas que han planteado no estar satisfechos con el tipo de cobertura informativa sobre la paz y la guerra en Colombia, ante lo cual proponen que el periodismo debe mirarse al espejo y preguntarse por la responsabilidad que le compete en estas situaciones. ¿Cuál debe ser el horizonte de esa cobertura y cuál el rol informativo?:

- ¿Comprometerse a fondo con los esfuerzos de paz, participando en actividades que desborden la función informativa? Es decir, ¿deben los periodistas convertirse en mediadores, miembros de comisiones o árbitros de acuerdos, actas o negociaciones de paz? ¿O deberían, más bien, convertirse en líderes cívicos que abanderan movimientos sociales y «causas» de paz?

- ¿Asumir un compromiso efectivo por la paz desde las agendas de la información, cuyo reto consistiría en romper con el paradigma de la objetividad periodística (y sus valores disruptivos, según lo cuales lo anormal es lo normal) para introducir nuevas variantes informativas relacionadas con el «periodismo para la paz», el «periodismo cívico» o el «periodismo de soluciones»?

- ¿Otorgar a las noticias de violencia, guerra y destrucción un espacio más destacado en las agendas de la información o, por el contrario, cambiar el punto de vista y hacer visible en la esfera pública los logros de las muchedumbres silenciosas por superar sus problemas y dificultades, contribuyendo así a cambiar la visión del público sobre los conflictos y los modos de su resolución?

- ¿Tratar a los grupos armados ilegales como a cualquier personaje de actualidad? ¿Ir a entrevistar a agentes ilegales a los lugares donde estos determinan, y en los que el periodista pierde su autonomía, ya que queda en calidad de «rehén»?

La otra de las reflexiones propuestas está relacionada con los debates en torno a los modelos profesionales e identidades periodísticas en juego a la hora de informar sobre la paz y la guerra. ¿Qué debates se han generado a este respecto, cuáles no? En primer lugar, es persistente en el campo periodístico pasar la boleta de inocencia a los periodistas, asumiendo que estos solo se «equivocan», cometen «errores incidentales», «pecadillos» y «abusos», pero jamás de «mala fe». Así, las «peores embarradas» en asuntos de guerra y paz procederían de la conversión momentánea de los periodistas en «idiotas útiles», y del no menos comentado «síndrome

me de la chiva» que respondería, según Enrique Santos Calderón, a «un desbocado afán competitivo por soltar exclusivas sin la debida comprobación. [puesto que] En esta profesión forzosamente competitiva nadie está exento de errores. Lo importante es aceptarlo y asimilarlos cuando se cometen»²².

En segundo lugar, cuando se reconoce la existencia de estos «desaciertos», «errores» y «desbordamientos» se suele apelar a la doble tesis de la ingenuidad («idiotas útiles») y de la mala preparación de los periodistas, sobre todo los más jóvenes. Lo que allí resulta es entonces el llamado a una mejor preparación / profesionalización como «coraza protectora» contra las equivocaciones, manipulaciones e intimidaciones de que es objeto el campo periodístico. Justamente a esto apuntan algunas organizaciones no gubernamentales que en los últimos años vienen trabajando con periodistas, y que parten de la premisa de que el problema del periodismo colombiano se encuentra en la mala preparación de los agentes profesionales que conforman el campo (sobre todo de los recién egresados de las facultades de comunicación). ¿A qué se refieren con mala preparación y mejor profesionalización?

Lo que pretendo afirmar es que no basta con la invocación a lo que Max Weber denominó una «ética de la convicción», que consiste en no asumir o asumir a medias las consecuencias que se derivan de los actos de la profesión²³, afirmando que en el periodismo todo es imputable al «error». Ubicar al periodismo en una *teoría de campos*, como la que propone Pierre Bourdieu, es útil porque permitiría ir más allá de los «desaciertos» con que tradicionalmente los periodistas suelen «blindar» la ahistoricidad del campo, ubicándose al margen de los conflictos por definir las orientaciones básicas de la sociedad.

.....

22 Santos, Enrique. *Contraescape*. *El Tiempo*, 18 de mayo de 1997.

23 Max Weber, citado por Ortega, Félix y Humanes, María Luisa. *Op.Cit.*, pp. 45-46.

24 Bourdieu, Pierre. *Sobre la televisión*. Barcelona, Anagrama, 1997. p. 109.

De este modo, la competencia desmedida por la información, de la que algunos periodistas afirman es una problemática central del campo, que conduce al desacierto y la desmesura, se podría analizar según el sistema de producción informativa: allí donde más homogenización noticiosa existe, mayor será el riesgo de acudir a la novedad, la sorpresa, la espectacularidad y el impacto, como criterios de diferenciación profesional. Para Bourdieu, «la competencia, lejos de ser automáticamente generadora de originalidad y diversidad, tiende a menudo a favorecer la *uniformidad* de la oferta»²⁴. De ahí que los mayores esfuerzos periodísticos para desmarcarse de esa homogenización informativa consistan precisamente en exacerbar al máximo el afán por la primicia informativa, que es el afán por la diferenciación de los otros que son iguales. Lo que por cierto va más allá del «error».

Así mismo, me propongo afirmar que en estados de guerra y soberanías en disputa armada, acudir al profesionalismo como «coraza protectora» frente a las equivocaciones, pero también contra las intimidaciones de que son objeto los periodistas, es una labor necesaria pero no suficiente. La tesis de que a mayor profesionalismo serán menores las inexactitudes, los riesgos y las inseguridades que colocan a los periodistas como víctimas —otras víctimas— del «fuego cruzado» de los agentes de la guerra, merece un par de comentarios, que valdría la pena trabajar en posteriores análisis, con mayor rigor. Por una parte, y aunque suene duro decirlo, el problema del profesionalismo no se resuelve mediante la apelación a cierto discurso de «victimización, según el cual «los periodistas no somos culpables», sólo «cometemos errores» por «afán» y «competencia», pero «jamás de mala fe». Pues lo que la «victimización» impide es debatir el problema de la responsabilidad de la profesión periodística más allá de una «ética de la convicción».

Por otra parte, hay un debate sobre el profesionalismo que no es reducible a un asunto de buena o mala preparación. Este debate se podría plantear con la siguiente pregunta: ¿es posible seguir apelando a los principios fundacionales del



Fuerzas militares en San Vicente del Caguán

periodismo liberal moderno, que insisten en definir el rol democrático de los medios de comunicación en tanto «foro de debate público», que debe estar abierto a la diversidad de voces que conforman la sociedad? Principios que además proponen comparar a los periodistas con «perros guardianes» de la democracia, que vigilan, controlan y denuncian los abusos y las arbitrariedades del poder.

Son esos principios fundacionales del periodismo moderno los que han generado en los periodistas una autopercepción de que su trabajo se inscribe en una cultura del «interés público»²⁵. Y precisamente, quienes más han encarnado estos ideales son también quienes más persecuciones, amenazas, censuras, exilios y asesinatos sufren, tanto en Colombia como en el mundo entero. Así, el profesionalismo no sólo se convierte en un camino para el rigor, la exactitud, la imparcialidad, el equilibrio y la objetividad, sino que tiene otra cara: hacer visible el «poder oculto», que no acepta un periodismo crítico, autónomo, imparcial e independiente. De modo que un mayor profesionalismo también puede traducirse en un mayor riesgo.

Periodismo, guerra y paz Un mapa para la discusión

En este apartado deseo exponer tres hipótesis sobre las relaciones entre el periodismo, la guerra y la paz en Colombia, anotando que la pretensión que me anima es ofrecer una agenda de investigación que, no dudo, es polémica y provisional en torno a este tema.

Agendas sensacionalistas de la información

La primera hipótesis plantea que las agendas de la información televisiva —pero no solo televisiva— de la guerra y la paz en Colombia se es-

.....
25 Para una ampliación de esta temática, véase también a: Curran, James. «Mass Media and Democracy. A reappraisal», en Curran, James and Gurevitch, Michael (Editors). *Mass Media and Society*. London, Edward Arnold, 1991. pp. 82-117; Kane, John. «La democracia y los medios de comunicación», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. No 129. Spet., 1991. pp. 549-568; McQuail, Denis (1991). «Mass media in the public interest», en Curran, James and Gurevitch, Michael (Editors). *Op.Cit.*, pp. 68-81.

tán confeccionando siguiendo las lógicas de producción de la «prensa sensacionalista». Para esto deseo apoyarme en los trabajos²⁶ de John Fiske, Guillermo Sunkel y John Langer, quienes plantean que los modelos informativos de la «prensa popular» (Fiske), los «diarios populares de masas» (Sunkel) y las «otras noticias» (Langer) no se caracterizan por orientar y configurar un tipo de esfera pública basada en la matriz racional-illustrada de la verdad objetiva, el uso público de la razón, la precisión, contrastación y credibilidad en el manejo de los hechos. Por el contrario, son lógicas de producción periodística que se basan en formas simbólicas y modelos culturales que buscan interpelar al imaginario social, a partir de una variedad de relatos del caos, el desorden y la victimización en los que se promueve la exageración, el escepticismo, la ironía, el drama, la sospecha, la incertidumbre, los sentimientos y la disolución de las fronteras entre información y entretenimiento, ficción y realidad.

Se trata de unas lógicas de producción sensacionalista que no solo se contraponen al modelo informativo de la denominada «prensa seria», sino que también están asociadas a formas de gestión empresarial de la información, propias de una ya larga reorganización de las industrias mediáticas en el mundo entero. Lo que por cierto ha dado nacimiento al fenómeno de alteración cultural denominado «infoentretenimiento»: mezcla de «temas pesados e intrascendentes, banales o macabros, de argumentación y narración, de tragedias sociales comunicadas en tiempo de *swing* o de clip o narradas como películas de acción»²⁷, y en

el que géneros clásicos destinados a profundizar la discusión y estructurar el debate público, compiten y se yuxtaponen, como bien señala Aníbal Ford, «con géneros cuya función es otra —el caso de la publicidad— o que, por su carga narrativa, ingresan más en el ámbito del imaginario social que en el de la opinión pública»²⁸.

Que las agendas mediáticas de la información, sobre todo las televisivas se estén confeccionando siguiendo las lógicas de la «prensa sensacionalista», se podría asociar con lo que el investigador francés Daniel Pecaute, denomina las consecuencias en las transformaciones de la experiencia cotidiana y los lazos sociales de las personas que están produciendo las prácticas de la confrontación armada en Colombia. Pecaute se refiere a tres efectos que, guardadas las proporciones, también se podrían aplicar a un análisis más decantado sobre el tipo de agendas informativas sobre la paz y la guerra en nuestro país: la «desterritorialización», la «destemporalización» y la «desubjetivación»²⁹. Efectos que tendrían que ver con la disolución de los lugares como ámbitos de cristalización de las solidaridades colectivas (desterritorialización); la dificultad de articular una narrativa colectiva de nación que se sustituye por una narración discontinua y una representación mítica que despoja de ubicación temporal a los acontecimientos, como si la violencia fuera algo «desde siempre» (destemporalización); y con la pérdida de la capacidad de los individuos para expresarse y afirmarse como sujetos de su propia vida (desubjetivación).

Como comentario a esta hipótesis me propongo afirmar que en este tipo de periodismo no todo es sangre, sudor y lágrimas. Aquí también habría que afirmar que la «matriz simbólico-dramática»³⁰, que se explota desde las lógicas de producción informativa de la prensa sensacionalista, supone algo más que el simple sadomasoquismo, el fatalismo o la retirada. Pues si algo ha caracterizado a este tipo de «mediaciones simbólicas» es la capacidad de presentar una oposición frente al «bloque de poder»³¹ y sus regímenes oficiales de verdad, en la medida en que no están construidas desde el «significado dominante» sino a par-

26 Me refiero concretamente a los siguientes trabajos: Fiske, John. *Understanding Popular Culture*. Londres, Unwin Hyman, 1989; Sunkel, Guillermo. *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago, Ilet, 1982; Langer, John. *La televisión sensacionalista*. Barcelona, Ediciones Paidós, 2000.

27 Ford, Anibal. *La marca de la bestia*. Bogotá, Norma, 1999. pp. 95-96.

28 Ford, Anibal. *La construcción discursiva de los problemas globales. El multiculturalismo: residuos, commodities y pseudo-fusiones*. Mimeo. 2001. pp. 4-5.

29 Pecaute, Daniel. *Guerra contra la sociedad*. Bogotá, Planeta-Espasa, 2001. pp. 281-308.

30 Sunkel, Guillermo. Op.Cit., pp. 13-58.

31 John Fiske, citado por Stevenson, Nick. *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998. pp. 145-164.

tir del «código cultural subordinado», buscando con esto irrumpir «desde abajo» a las técnicas de disciplinamiento del conocimiento experto, basados en el «buen gusto» de la cultura letrada, la verdad, la razón y los hechos.

A esto se refiere John Fiske cuando afirma que las formas culturales representadas en la «prensa popular», basadas en la exageración y el escepticismo, no producen un significado único y definitivo. Al contrario, estas presentan tensiones y fisuras que pueden generar dinámicas de «resistencia» y no solo de control social, constituyéndose así en textos abiertos a las «tácticas del débil»³². Y a esto también se refiere John Langer cuando afirma que la «televisión sensacionalista» plantea contradicciones e inestabilidades que no son discernibles solo mediante el análisis del contenido de sus mensajes, sino a partir de las mediaciones que estos «textos» establecen con sus «audiencias». Langer sostiene que, si bien los relatos e historias sensacionalistas devuelven a los sectores subordinados sus propias condiciones de existencia, por la ruta de la fatalidad, la resignación y la retirada («lo peor ya lo tenemos», ¿ahora que vendrá?), y que por eso mismo son cruciales para lograr el consentimiento social a favor del *statu quo*, también pueden generar «placeres» que pueden ir en contra de ese consentimiento, por la vía de la ambigüedad, la contingencia, la incertidumbre y la inestabilidad³³ de las historias caóticas y melodramáticas que cuentan esos relatos.

De ahí que lo que habría que empezar a estudiar y, claro está a discutir, es el nuevo sentido político que atraviesa ese «régimen comunicativo» de visibilidad de nuestras tragedias, horrores y dolores, fabricado con relatos mediáticos cargados de banalidad, fragmentación, destemporalidad, incertidumbre y espectáculo; al igual que los nuevos modos del miedo —y sus viejas maneras de agenciarlo— que se cuelan en los géneros y formatos aparentemente más débiles —políticamente hablando— del «docudrama» y la televisión real que llaman al consentimiento social desde la resignación, el fatalismo o la retirada. ¿Qué tipo de códigos y matrices culturales son las que allí se configuran?

También habría que empezar a analizar las maneras desiguales en que están distribuidos en nuestra sociedad los «perímetros protectores» de la privacidad y la intimidad, según las clases, roles y categorías sociales, la raza y la cultura³⁴. Si se es mujer, pobre, campesina, desplazada y viuda, los riesgos de que la cámara de televisión invada los rincones más íntimos del dolor y el sufrimiento, serán mucho mayores que si se es hombre, con posición social, trabajo calificado y habitante urbano de barrios residenciales. ¿Qué tipo de narrativas son las que subyacen a este tipo de agendas informativas que proponen, por la vía del sensacionalismo, la violación pública desigual del mundo privado de los ciudadanos?



Niño vestido de soldado · Desfile 20 de julio

.....

32 Este concepto es tomado de: De Certeau, Michael. *La invención de lo cotidiano*. México, D.F., Universidad Iberoamericana, 1996. pp. 35-52.

33 Langer, John. Op.Cit., pp. 199-231.

34 Para una ampliación de esta problemática, véase: Damata, Roberto. «A propósito de microescenas y macrodramas: notas sobre el problema del espacio y del poder en Brasil», en *Nueva Sociedad*. No. 104. Caracas, nov.-dic., 1989; Fraser, Nancy. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición 'postsocialista'*. Bogotá, Siglo del Hombre-Universidad de los Andes, 1997.

Restricción versus consenso

La segunda hipótesis plantea que en contextos de «soberanías volátiles» y «órdenes sociales en disputa»³⁵, donde la seguridad nacional aparece amenazada, la tentación de imponer controles y censuras legales al campo periodístico por parte del poder político-militar central puede ser contraproducente para lograr una gestión favorable del consentimiento social. Por el contrario, se necesitará de un proyecto mediático-cultural que asegure el consenso por otras vías que no sean las de la restricción-represión, así como de dinámicas propias del mercado de masas que aseguren la desregulación de las obligaciones de «servicio público» de los medios de comunicación.

A este respecto, existen trabajos³⁶ que afirman cómo en sociedades que perciben una amenaza real o ficticia contra el «orden» político y la seguridad ciudadana, los sectores con «liderazgo político y cultural» afrontan la permanente tensión de acudir a los «beneficios relativos de la censura»³⁷. Esto es, al «cierre» legal / formal de cualquier posibilidad de acceso y visibilidad pública en el sistema hegemónico de comunicación de aquellos contra-públicos que son considerados una

.....

35 Uribe, María Teresa. Op.Cit., p. 23-45; Alonso, Manuel y Vélez, Juan Carlos. Op.Cit., pp. 41-75.

36 De hecho, el planteamiento de esta hipótesis se desprende de algunos trabajos dedicados a examinar los debates sobre violencia política, terrorismo y medios de comunicación en Gran Bretaña (caso IRA), Italia (caso Brigadas Rojas), España (caso ETA) y en la prensa occidental (caso terrorismo islámico). Véase al respecto: Hall, Stuart, et. Al, *Policing the crisis. Mugging, the State and Law and Order*. Londres, Macmillan, 1978; Schlesinger, Philip, Murdock, Graham y Elliot, Philip. *Televising terrorism. Political violence in popular culture*. Londres, Comedia, 1983; Schlesinger, Philip y Lumley, Bob. «Dos debates sobre violencia política y medios de comunicación: la organización de los campos intelectuales en Gran Bretaña e Italia», en Schlesinger, P. et. al., *Los intelectuales en la sociedad de la información*. Barcelona, Anthropos, 1987; Kelly, M, y Mitchell, T. «El terrorismo transnacional y la prensa occidental de elite», en Graber, Doris. (Comp.) *El poder de los medios en la política*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano, 1987. pp. 341-348.

37 Schlesinger, Philip y Lumley, Bob. «Dos debates sobre violencia política...». Op.Cit., pp. 187-229.

38 Una interesante crítica a la mirada que restringe el terrorismo solo a la esfera de la propaganda en: Rodrigo, Miquel. Op.Cit., pp. 17-71.

39 Paul Johnson, citado por Soria, Carlos. «La ética periodística ante el desafío terrorista. Cuestiones y propuestas profesionales: la función pacificadora de los medios», en *Periodismo y Ética*, Chile. PGLA, 1985. p. 68.

40 Rodrigo, Miquel. *Ibid.* p. 30.



Policia Nacional y guerrilleros de las Farc

amenaza contra la seguridad: terroristas, delincuentes políticos y separatistas.

Y con esto lo que aparece y se legitima es un «discurso oficial» que suele acusar a los medios de comunicación de operar como unas «cajas de resonancia» y un «teatro de operaciones», dedicados a amplificar las acciones y discursos de los grupos al margen de la ley. Así, cualquier entrevista, fotografía o imagen a este tipo de «contra-públicos» se considera altamente nociva, ya que esto no solo atenta contra la legitimidad del Estado, sino que ofende a los ciudadanos de bien, vulnera los derechos de los más indefensos, como la población infantil, y concede ventajas estratégicas a los «enemigos» de la sociedad para llevar a cabo sus objetivos propagandísticos.

En este caso, la tentación de restringir las causas políticas de la violencia terrorista al ámbito del mensaje y la propaganda (a un «vetetismo compulsivo por aparecer en los *mass media*»³⁸) es muy popular entre sectores conservadores de académicos, periodistas y políticos, que abrazan una vieja tesis, todavía no lo suficientemente discutida ni mucho menos comprobada empíricamente: «sin medios de comunicación libres, el terrorismo sería un problema marginal: la publicidad es su salvavidas»³⁹. Frente a este tipo de consignas, se pronuncia el investigador catalán Miquel Rodrigo, cuando afirma que «la faceta comunicativa del terrorismo es una consecuencia y no una causa del mismo. Desde mi punto de vista no se puede afirmar que la información sobre el terrorismo comporta siempre una posición propagandística y que la simbiosis medios-terrorismo facilita la generalización del terrorismo»⁴⁰.



Autodefensas Unidas de Colombia

En otro contexto, ¿fueron los medios de comunicación los responsables de la derrota militar de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam? Esta es la pregunta que se formula el profesor de la Universidad de California Daniel Hallin⁴¹, en un trabajo donde controvierte la tesis conservadora de que la ausencia de control sobre los medios de comunicación fue lo que minó el esfuerzo estadounidense en Vietnam, así como el «mito» de que la cobertura de la televisión — hasta el punto de saturación— fue lo que causó que el público norteamericano se devolviera contra la guerra. Esto es, el mito de que toda guerra televisada conduce inexorablemente a la pérdida del apoyo del público, como más tarde se refutaría con las intervenciones militares en el Golfo Pérsico y Afganistán, que inaugurarían (el Golfo) y consolidarían (Afganistán) nuevas modalidades de gestión comunicativa de la guerra basada en las consignas: ¡no más Vietnams, no más cuerpos muertos ni imágenes de sufrimiento!⁴².

Hallin plantea que en situaciones en las que el consenso político prevalece, los periodistas tienden a actuar como miembros responsables del *establishment*, tomando la perspectiva política dominante y asumiendo que los valores de las autoridades son los valores de la nación en su conjunto. Por su parte, en situaciones de conflicto y ruptura del consenso político, como la que se vivió en Vietnam, los periodistas se vuelven más independientes e incluso opositores, pese a que no pasarán las barreras del *establishment* político y continuarán escuchando de manera privilegiada la voz oficial. «Pese a que el cubrimiento en Vietnam se movió, esa oposición fue limitada. La administración Nixon manejaba bien a los medios,

los periodistas continuaron siendo patriotas, viendo a los americanos como los chicos buenos, así que el cubrimiento no fue tan negativo como se piensa»⁴³.

«¿Cómo pudo la esfera pública aprobar el empleo de una fuerza que mató aproximadamente 243.000 iraquíes?», se pregunta Douglas Kellner, a propósito de la Guerra del Golfo Pérsico. Siguiendo los trabajos de Kellner y Eduard Said sobre la citada guerra, el investigador inglés Nick Stevenson plantea que los consensos que se construyeron entre la elite político-militar y los periodistas, por una parte, y los controles ejercidos por la elite político-militar a los periodistas, por la otra, así como el estrecho control sobre el diálogo público en el contexto estadounidense, fueron instrumentos efectivos para asegurar el apoyo público a la Guerra del Golfo⁴⁴. Los controles y los consentimientos en torno a un «cierre informativo» que no mostrara voces disidentes, minimizara el sufrimiento y los horrores de la guerra, no presentara imágenes de destrozos ambientales ni de «bajas» en las tropas enemigas, fueron propósitos que impidieron eficazmente la ausencia de formas públicas de reflexión y variantes mayores de crítica democrática.

41 Hallin, Daniel. *The 'Uncensored war': The media and Vietnam*. New York, Oxford University Press, 1986.

42 Para una ampliación de este nuevo *management* comunicativo de la guerra, véase: Bonilla, Jorge. Comunicación, televisión y guerra, en *Estudios Políticos*. No. 18. Medellín. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre, 2001. pp. 143-160.

43 *Ibid.*, p. 10. Esta traducción es responsabilidad del autor.

44 Stevenson, Nick. *Op.Cit.*, p. 258.



Militares contra-guerrilla

Propósitos estos a los que se unió, en el caso de la Guerra del Golfo, la invocación constante de amplios sectores de públicos estadounidenses de proteger a la población más vulnerable de los horrores de la guerra: los niños. ¿Qué sentido tenía alertar sobre los efectos nocivos que las imágenes de crueldad y dolor podían producir en las audiencias infantiles como una —otra— importante razón para construir los consensos necesarios que aseguraran el «cierre informativo» de la guerra? Para Stevenson esto servía a dos objetivos. El primero, el expresado por «el *establishment* político, que deseaba presentar la guerra como limpia y justa»⁴⁵, sin mostrar los horrores producidos por las tecnologías de precisión que disparaban a distancia, sin ver al enemigo y sin ser vistos por el enemigo. El segundo, el manifestado por unas audiencias adultas que no solo preferían mantener distancia y, por lo mismo, ser protegidas del sufrimiento *visible* de los iraquíes, sino que además no deseaban que se les recordara que el apoyo a la guerra tenía consecuencias destructivas para los «otros» no-presenciales que habitaban esas lejanías del mundo, en términos de espacio, tiempo y cultura⁴⁶.

.....

45 *Ibid.*, p. 259.

46 *Ibid.* p. 295.

¿Qué relación tendría esto con las guerras más cercanas que vivimos en este país? En el caso colombiano, lo que habría que recalcar es que el actual «hastío» que sectores de opinión pública están mostrando frente a las agendas informativas que exacerbaban el dolor y sobreexponen el horror, no puede convertirse en una coartada para restringir niveles mayores de debate y crítica democráticas sobre la guerra y la paz. Lo preocupante es que la satisfacción que muestran en Colombia algunos «públicos fuertes» de opinión pública, que están a favor de los «beneficios relativos de la censura» y de la cero visibilidad pública de la guerra y de sus agentes, invocando para ello la irresponsabilidad del periodismo nacional en la banalización del horror, puede leerse también como la tentación de estos «públicos fuertes» por mantener un perímetro protector que les permita inmunizarse, distanciarse y no presenciar el sufrimiento visible de esos otros no-presenciales, cualesquiera que ellos sean. Y que al hacerlo les exima de sentimientos de duda, ambivalencia y complejidad moral, esto es, de una responsabilidad mínima de tener que enfrentar con contenidos éticos las consecuencias destructivas que implica el apoyo a la guerra. El suyo, particularmente.

Lógicas de guerra, lógicas de información

La tercera hipótesis está planteada en los siguientes términos: en culturas políticas fragmentadas y no consensuales, las definiciones sobre lo que es la violencia política, la guerra y la paz, son mucho más variadas, ambiguas e inestables, incluyendo incluso las que vienen de los «foros políticos» establecidos. Así, la no radicalidad de declararle la «guerra total» a la insurgencia por parte del Estado colombiano (que se puede apreciar en las sucesivas lógicas paz-guerra-paz-guerra), así como la opaca política de intervención militar para ganar la guerra, que incluye fuerzas oficiales y para-oficiales, ha podido plantear, al menos hasta el momento, posibles «aperturas» a los medios de comunicación.

Estas «aperturas» se han articulado a dinámicas propias del campo periodístico en las que no todos los consensos apuntan —al menos hasta hoy— a favor de la guerra total. También se han asociado a «posiciones de campo» que se niegan a «seguir las órdenes» de un discurso oficial que vive en la permanente tentación (sobre todo a partir de la ruptura del reciente proceso de paz) de exigirle al periodismo que, además de obediencia, debe mostrar amor y fe, esto es, «tomar posición» a favor de las instituciones y del Estado, que es quien libra la «guerra justa»⁴⁷.

Asistimos a la complejidad y multiplicidad de un campo periodístico que, a pesar de sus inconsistencias, desmemorias y limitaciones, ha podido seguir reivindicando —al menos hasta hoy— la consigna de una «información libre» y, si bien, no de puntos de vista diferentes, sí de visibilidades inestables. Allí, la pretendida unidad del Estado y la sociedad se presenta ambigua y contradictoria, debido a que además de la guerra las agendas mediáticas en general también hablan de escándalos, robos y corrupción política, de enfermos que mueren por falta de atención médica y hospitales que tienen que cerrarse, de ancianos desvalidos y niños desnutridos, de funcionarios públicos que discuten entre sí, de maridos que le pegan a sus esposas y de esposas que ya no le temen a sus maridos, de los ricos y famosos pero también de gente sin agua, sin empleo, protagonistas de historias sin futuro, configurando así un espectro informativo donde la guerra también compite y se yuxtapone con otras informaciones, cuyos alcances son más difusos e inestables y, por los mismo, pueden tener la capacidad de erosionar el código cerrado, editorializante y estereotipado de las informaciones de guerra, llevándolas hacia lugares simbólicos de inestabilidad e incertidumbre.

Ahora bien, esta hipótesis también tiene varias consecuencias de tipo analítico, lo que nos lleva a examinar el nivel de correspondencia entre los marcos de significación adoptados por los medios de comunicación y aquellos ofrecidos por los antagonistas político-militares en contextos de conflicto. Por una parte, esto significa com-

prender, como bien señala Gady Wolsfeld, que el proceso político tiende a tener más influencia en las agendas informativo-noticiosas de los medios de comunicación de la que los medios tienen en el proceso político⁴⁸, ya que el primero se puede convertir en poder sobre los medios; y esto a través no solo de la marcada influencia que los dueños de la decisión políticos tienen en los propietarios y «elites» directivas mediáticas sino del control, regulación y organización de los flujos informativos, sistemas de propiedad y disposiciones legales relativas a la esfera mediática.

Decir esto no excluye la capacidad que tienen los medios y los periodistas de establecer agenda pública y de servir de catalizadores de los procesos políticos y sociales. Los tipos de actuación que pueden tener los medios en el proceso político tiene que ver entonces con el tipo de acción que estos desempeñan en el conflicto entre los antagonistas, que es un conflicto en el que, por una parte, el *acceso* a los medios no es igualitario para todos los puntos de vista en competencia y, por la otra, la hegemonía de los poderosos no siempre es tan homogénea, ya que estos no siempre están de acuerdo y el resto no siempre está excluido⁴⁹. Así, los medios pueden desempeñar distintos roles, según Wolsfeld: a) sirvientes creyentes, que reproducen sin distancia crítica alguna los marcos de interpretación de los definidores primarios llamados las «autoridades»; b) agentes intermediarios, que ofrecen modelos de interpretación y puntos en común entre los «re-

47 Algunas de estas posiciones ya comienzan a disputarse el lugar hegemónico en el debate político nacional sobre el papel de los medios de comunicación hoy en Colombia. Aquí sería interesante revisar el discurso de inauguración pronunciado por el Ministro de Justicia, Rómulo González, en la conferencia internacional sobre violencia contra los medios de comunicación, organizada por la Asociación Mundial de Periódicos y Andaríos el 22 de marzo de 2002; las declaraciones del ex-alcalde de Bogotá, Enrique Peñalosa, en una reciente entrevista al semanario *El Espectador*; así como la conferencia de Hernando Gómez Buendía en el marco del Primer Seminario sobre Fuerza Pública y Periodismo, celebrado en Paipa, Boyacá, en noviembre de 2001.

48 Wolsfeld, Gady. *Op.Cit.*, p. 3. En adelante las traducciones son responsabilidad del autor.

49 Curran, James. «Repensar la comunicación de masas», en James, Curran, Morley, David y Walkertline, Valerie. *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1997. p. 212.

tadores» y las «autoridades»; c) abogados del desvalido, que amplifican las peticiones de los opositores contra las autoridades.

Así mismo, implica comprender que el nivel de control de las «autoridades» sobre el entorno político, es una de las variables claves para determinar el rol de las noticias en los conflictos sociales y políticos. Así, las autoridades se van a caracterizar por tratar de controlar los eventos, dominar las discusiones y movilizar apoyos, buscando lograr el éxito de su gestión mediática y política en los medios⁵⁰. Significa también entender que el rol de las noticias en la guerra y los conflictos sociales y políticos puede cambiar en el tiempo según las circunstancias. No hay un rol unificado y homogéneo por parte de los medios en el cubrimiento de las guerras y los conflictos, ya que éste varía según los contextos políticos del conflicto, los recursos, las capacidades y el poder políticos de los jugadores, el estado de la opinión pública y la habilidad de los periodistas para acceder y contar los eventos relacionados con la dinámica misma del conflicto⁵¹.

Por último, implica comprender que si bien las «autoridades» suelen tener tremendas ventajas con respecto a los «retadores» para acceder, en cantidad y calidad, a los medios de comunicación y fijar sus marcos de interpretación por la atención y legitimidad que reciben de los periodistas, los «retadores» pueden llegar a vencer estos obstáculos y usar los medios noticiosos como herramientas de influencia política. Se trata, por tanto, de una competencia entre los antagonistas que se presenta en dos dimensiones básicas: una *estructural*, que consiste en analizar los modos en que los antagonistas compiten por el acceso a los medios y por los marcos de significación de estos, y otra *cultural*, que consiste en analizar cómo las creencias, las normas y las rutinas periodísticas tienen influencia en los marcos de significación del conflicto, agenciados por los medios⁵².

.....

50 Wolsfeld, Gady. *Ibid.*, p. 4.

51 *Ibid.* p. 4.

52 *Ibid.* pp. 13-55.

Bibliografía

Alonso, Manuel Alberto y Vélez, Juan Carlos. «Guerra, soberanía y órdenes alternos», en *Estudios Políticos*. No. 13. Medellín. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre, 1998.

Bonilla, Jorge. Comunicación, televisión y guerra, en *Estudios Políticos*. No. 18. Medellín. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre, 2001.143-160.

Bourdieu, Pierre. «Campo intelectual y proyecto creador», en Puillon, Jean, et al. *Problemas del estructuralismo*. México, Siglo XXI, 1967.

_____. *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995.

_____. y Wacquant, Loïc. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995.

_____. *Sobre la televisión*. Barcelona, Anagrama, 1997.

Bobbio, Norberto. *El futuro de la democracia*. México, F.C.E., 1986.

Brunner, José Joaquín. *Un espejo trizado. Ensayos sobre culturas políticas y políticas culturales*. Santiago de Chile, FLACSO, 1988.

Brunner, José Joaquín y Sunkel, Guillermo. *Conocimiento, sociedad y política*. Santiago, FLACSO, 1993.

Cano, Ana María. «Prensa y paz. Independencia y compromiso, pero no indiferencia», en *Magazín Dominical*. No 278. Bogotá, El Espectador, 24 de julio de 1989.

Correa, Arlovich. «Instantaneidad y simulación: el directo televisivo en tiempos de conflicto», en María Eugenia García y Arlovich Correa Proceso de paz. Ambigüedades de la apertura informativa y directo televisivo. *Cuadernos Ocasionales* No. 2. Bogotá, Maestría en Comunicación, Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

Curran, James. «Mass Media and Democracy. A reappraisal», en Curran, James and Gurevitch, Michael (Editors). *Mass Media and Society*. London, Edward Arnold, 1991.

_____. «Repensar la comunicación de masas», en James, Curran, Morley, David y Walkerline, Valerie. *Estudios culturales y comunicación*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1997.

De Certeau, Michael. *La invención de lo cotidiano*. México, D.F. Universidad Iberoamericana, 1996.

Fiske, John. *Understanding Popular Culture*. Londres, Unwin Hyman, 1989.

_____. «Television and postmodernism», en James Curran and Michael Gurevitch (Editors). *Mass Media and Society*. London, Edward Arnold, 1991.

Ford, Anibal. *La marca de la bestia*. Bogotá, Norma, 1999.

_____. *La construcción discursiva de los problemas globales. El multiculturalismo: residuos, commodities y seudofusiones*. Mimeo. 2001.

- Foucault, Michel. *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*. Madrid, La Piqueta, 1992.
- García Raya, María Eugenia y Romero, Edward. «Las trampas de la aparición. Medios de comunicación y conflicto armado en Colombia», en Jorge Bonilla y Gustavo Patiño (Editores académicos). *Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos*. Bogotá, Centro Editorial Javeriano, 2001.
- Giraldo, Jorge. *El rastro de Catán. Guerra, paz y guerra civil*. Bogotá, Fundación Foro, 2001.
- Hall, Stuart, et. al. *Policing the crisis. Mugging, the State and Law and Order*. London, Macmillan, 1978.
- Hallin, Daniel. *The 'Uncensored war': The media and Vietnam*. New York, Oxford University Press, 1986.
- Imbert, Gerard. *Los escenarios de la violencia*. Barcelona, Icaria, 1992.
- Kane, John. «La democracia y los medios de comunicación», en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. No. 129. Sept. 1991.
- Kelly, M, y Mitchell, T. «El terrorismo transnacional y la prensa occidental de elite», en Graber, Doris. (Comp.) *El poder de los medios en la política*. Buenos Aires, Grupos Editorial Latinoamericano, 1987.
- Kellner, Douglas. *The Persian Gulf TV War*. Boulder, Westview Press, 1992.
- Kunczik, Michael. *¿Guerra y censura... algo inseparable?* Dusseldorf, Fundación Friedrich Ebert, 1992.
- Langer, John. *La televisión sensacionalista*. Barcelona, Ediciones Paidós, 2000.
- Mattelart, Armand. *La comunicación mundo*. México, Siglo XXI, 1996.
- McQuial, Denis. «Mass media in the public interest», en Curran, James and Gurevitch, Michael (Editors). *Mass Media and Society*. London, Edward Arnold, 1991.
- Michaud, Ives. *Violencia y política*. Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1989.
- Ortega, Félix y Humanes, María Luisa. *Algo más que periodistas. Sociología de una profesión*. Barcelona, Ariel, 2000.
- Pecaut, Daniel. *Guerra contra la sociedad*. Bogotá, Planeta-Espasa, 2001.
- Peñaranda, Ricardo «La literatura sobre el proceso de paz. Testimonios sin análisis», en *Gaceta*. No 1. Bogotá, septiembre-noviembre, 1989.
- Rey, Germán. *Balsas y medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas mediáticas*. Bogotá, Fescol-Cerec-Fundación Social, 1999.
- Rodrigo, Miquel. *Los medios de comunicación ante el terrorismo*. Barcelona, Icaria, 1991.
- Santos, Enrique. «El periodismo en Colombia, 1886–1986», en *Nueva Historia de Colombia*, Vol. VI, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1989.
- Schlesinger, Philip, Murdock, Graham y Elliot, Philip (1983). *Televising terrorism. Political violence in popular culture*. London, Comedia.
- Schlesinger, Philip y Lumley, Bob. «Dos debates sobre violencia política y medios de comunicación: la organización de los campos intelectuales en Gran Bretaña e Italia», en Schlesinger, P. et. al. *Los intelectuales en la sociedad de la información*. Barcelona, Anthropolos. 1987.
- Stevenson, Nick. *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Sunkel, Guillermo. *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago, Ilet, 1982.
- Uribe, María Teresa. «Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?», en *Estudios Políticos*. No. 15. Medellín. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, julio-diciembre, 1999.
- Wolsfeld, Gady. *Media and political conflict. News from the Middle East*. London, Cambridge University. 1997.